

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente
Área de Desarrollo Profesional Docente

Cine y Formación Docente 2006

4 de mayo en Río Grande, Tierra del Fuego y el 9 de agosto en Mendoza, ciudad capital.

Política y violencia. Los años 70 en Argentina.

Por Daniel Mundo

Todo período histórico tiene más de una dimensión desde la que puede ser investigado y comprendido. El período que nos ocupa hoy, la década del 70 en nuestro país, parece haberlas subsumido a todas en una, que con el paso del tiempo, para colmo, no ha dejado de crecer: la política. Pareciera que todo lo que ocurrió en los 70 es político, y tal vez sea así. La política se había convertido —como lo planteó en su momento el politólogo Juan Carlos Portantiero— en una cuestión religiosa. Era a partir de ella que los actores sociales asumían una identidad, que se definían proyectos individuales o colectivos, que, en fin, se ordenaba el mundo. En algún momento podría discutirse qué se entendía por política en aquel momento, ya que implicaba estructuralmente ciertas prácticas con las que hoy nos sería difícil comulgar. El discurso autoritario y la violencia eran elementos constitutivos del hacer político. El autodenominado Proceso de Reorganización Nacional consumió de tal manera ambos elementos que la democracia que nació de él no puede imaginarlos sino como males a reprimir o reencauzar. No era así en los 70.

¿Cuándo comienzan *los 70*? En 1970 aparece el *Informe de Brodie*, de Borges, un libro inusitadamente violento y sangriento que como un aleph da cuenta de toda la locura que está a punto de desatarse; en 1970 se concreta la primera operación de Montoneros: el secuestro, enjuiciamiento y posterior fusilamiento de Aramburu. Para mí estos dos son acontecimientos emblemáticos. Pero sin duda *los 70* comienzan mucho antes de 1970. Pensemos en los Montoneros, actor fundamental de esos años. Eran jóvenes que en gran parte provenían del catolicismo comprometido, que se imaginaban como representantes de las clases populares, postergadas y silenciadas, y que actuaban como voceros de ellas. Eran o querían ser peronistas. Al elegir el nombre

Montoneros evidentemente también quisieron retrotraerse al siglo XIX, y en cierta forma es pensable que los 70 nacen de tensiones irresueltas en el mismo momento de fundación de la nación: es lo que hace el revisionismo histórico de un Hernández Arregui, de un Jaureche, de un Rodolfo Puiggrós, y aún de Silvio Frondizi y Milcíades Peña, entre otros. La montonera imparte justicia allí donde el Estado, apropiado por la oligarquía cipaya y la burguesía transnacional, no ve más que elementos a reprimir. Estos eran conceptos y creencias muy en boga en la década del 70. Podemos, también, considerar al golpe del 55 y la proscripción que sufrió el peronismo durante esos quince años y a los fusilamientos de José León Juárez como otro origen de los 70. Si ustedes recuerdan, el asesinato de Aramburu se presentó como una represalia histórica por esos fusilamientos. Podemos, por último, hacer que *los 70* comiencen en el golpe de Estado de 1966. En otras palabras, *los 70* tienen uno y muchos principios, y todos desembocan en la venganza y la violencia. Tanto la primera mitad como la segunda son un producto del devenir histórico y no una aberración de la historia nacional. Proviene del pasado, lo cumplen, lo consuman.

Si se investiga a las agrupaciones guerrilleras más importantes de los 70 se ve que si bien entran en acción a fines de los 60, luego del Cordobazo, su vida había nacido antes, aunque no tuvieran el protagonismo que conocerían después. Hasta fines de los 60 eran grupos insignificantes que no provocaban ningún tipo de alarma social. El Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), por ejemplo, y toda la saga de los Santucho, surgen de las reivindicaciones de los grupos indigenistas ya a mediados de la década. Montoneros proviene de una agrupación católica de choque que se escindió durante

el Onganiato y cuyos miembros asumirían distintas posturas políticas. Las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) son una especie de continuación de la resistencia peronista que se organiza a fines de los cincuenta, y que actuó intermitentemente a lo largo de la década siguiente. Hay, además, una gran cantidad de pequeñas agrupaciones revolucionarias, que en los setenta terminaron fusionándose en Montoneros, o desintegrándose. ¿El modelo? La guerrilla rural practicada desde la revolución cubana, y al Che Guevara como epítome del héroe moderno.

Otro elemento fundamental de esos años también proviene de los clivajes de la década del 60. Me refiero al sindicalismo. El sindicalismo, por distintos motivos, se convirtió en el foco de acción del Estado. Se implementaron distintas metodologías para neutralizarlo, para restarle poder, para “democratizarlo” —como se pretendía durante el enclenque gobierno de Illia—. El sindicalismo era la cara más visible del peronismo. Y si bien era su legado o su producto, también es cierto las agrupaciones sindicales probaron más de un intento por independizarse del líder exiliado. Lo único cierto que lograron fue su escisión: durante el gobierno de Onganía vemos un ala del sindicalismo burocratizada y colaboracionista, y presenciamos el nacimiento de un movimiento de base con figuras nuevas que ponen en jaque tanto la lógica del sistema productivo como la conducción sindical. El momento de emergencia pública y consolidación de este movimiento basista fue el Cordobazo y la cadena de levantamientos que desató.

Por otro lado tenemos al peronismo y a Perón. El gran personaje político de los 60 fue el líder ausente, proscrito, prohibido. Desde la misma asunción de Frondizi, en 1958, hasta el golpe de Onganía, para nombrar tan sólo dos acontecimientos, Perón era una especie de aliento pestilente que desde la ausencia acosaba a militares y políticos. Todos querían prescindir de él, y él se volvía el interlocutor imprescindible para proyectar cualquier política. Tanto es así que para el 72-73 Perón era el único actor que podía llegar a dominar una situación desencajada y que parecía englutir hasta el mismo monopolio de coerción y legalidad que tenía el Estado. Perón creyó también

que tenía la fuerza para seguir dominando una situación cuyas reglas de juego habían cambiado radicalmente. Había signos que anunciaban con claridad esto, pero también es verdad que no eran fáciles de leer. Pensemos tan sólo en John William Cooke. Cooke muere en el 69, en Cuba. Durante años se empeñó en mostrarle a Perón y a los peronistas que el futuro del “Movimiento” se encontraba en la izquierda, y en particular, en esa izquierda de liberación que la revolución cubana había inaugurado en América Latina. Las cartas entre Cooke y Perón se convertirían en lectura obligatoria recién en la década del 70, durante la agonía de la llamada Revolución Argentina. Pero en esas cartas que atraviesan toda la década del 60 se anuncia la tensión violenta que va a ser implosionar al gobierno peronista en 1973 hasta 1976. Perón alentó —como ustedes ya saben— el accionar de las agrupaciones guerrilleras: eran otro elemento más, si no el más importante, que le permitía socavar la base del gobierno militar. Montoneros era “la juventud maravillosa”, sus “brigadas especiales”, etc. En su soberbia, Montoneros estaba convencido de que Perón acompañaría su sueño mítico del “socialismo nacional”. Cuando se enfrentaron a la realidad brutal siguieron autoconvenciéndose de la certeza de sus postulados: se siguieron imaginando como los intérpretes autorizados de los discursos de Perón.

Antes de seguir por esta línea que abre el juego de las interpretaciones quisiera dejar asentada con claridad una idea: es cierto que el golpe de estado del 76 fue anunciado desde meses antes; que fue alentado, convocado, promovido o aceptado por muchísimos actores sociales y políticos; que fue esperado y vivido con cierto alivio por la inmensa mayoría de la sociedad. Habría que dejar sentado, sin embargo, que el golpe de 1966 también fue “festejado” por todo el abanico político, desde la derecha liberal o corporativa hasta los partidos de izquierda, el sindicalismo y el mismo peronismo. Con esto quiero decir que las fuerzas militares en su conjunto y el caudillo militar en particular eran aceptados como caminos viables para la conducción nacional. El régimen pretoriano en el que se vivía, con la alternancia de civiles y militares en el gobierno, donde los militares eran por lo menos un actor político más —sino EL actor

por antonomasia, ya que, como se vería en 1976, las Fuerzas Armadas podían presentarse como el reaseguro moral y el custodio último del ser nacional, o en otras palabras, como el auténtico sujeto soberano de la Nación—, destiló al autoritarismo como un discurso normal de la política, y a la violencia como la manera habitual de acción. Si hay en los 70 un culto a la violencia, un proyecto nihilista y una fascinación por la muerte, una militarización casi general de la acción, proviene de la argamasa que significó la Revolución Argentina. No se podía imaginar otra manera que la violencia para desempatar la puja política, económica y social desatada entre las distintas fuerzas. Si hoy se hace difícil imaginar a las fuerzas armadas como una opción válida de gobierno, no era así en los 60-70. Su desprestigio provino, en primera instancia, de su incapacidad para cumplir los objetivos mínimos que ellas mismas se habían autoimpuesto; provino, por otro lado, de su propia doblez ética; es decir, no fue la resistencia social o la formación ciudadana la que amplió imaginativamente su concepción política y derribó a un gobierno de facto activo.

Durante la década del 70 la impresionante movilización de la Juventud Peronista, las decenas de agrupaciones de base, el sindicalismo combativo, los grupos guerrilleros que con más o menos distancias se nuclearon alrededor de la izquierda peronista convivían dentro del Movimiento con los políticos tradicionales del peronismo, y además con agrupaciones de extrema derecha y con las cúpulas sindicales. El peronismo había introyectado las contradicciones que desgarraban al país, es decir, no era un actor político entre otros sino que en su interior se enfrentaban violentamente todos los proyectos políticos que de algún modo fueran realizables. Esto no significa que no hubiera otros proyectos: la dictadura fue la consecución de uno. Pero en la década del 70 Perón y el peronismo se presentaban como el único camino para imaginar un futuro democrático. Por supuesto que es válida la duda de qué democracia se hubiera instituido si las fuerzas armadas no hubieran intervenido, imponiendo un proyecto político de manera autoritaria. El discurso de Perón, una vez vuelto al país, no dejó de clamar por el pluralismo democrático (aunque en los

hechos alentara otras opciones: basta recordar el golpe palaciego que se dio en Córdoba, con la destitución de su gobernador y vicegobernador; o la impugnación del gobernador de la Provincia de Buenos Aires y su reemplazo por el vicegobernador; o la renuncia en enero del 74 de los diputados de la “Tendencia”, y el beneplácito con el que estos hechos fueron recibidos por el gobierno). Pero una vez desaparecida la baranda mínima de contención, las fieras que anidaban en el seno del peronismo no tardaron en devorarse. Por eso no resulta absurdo que en tres años se pasara de un gobierno de cierta izquierda como el de Cámpora al Rodrigazo, o a la formación de la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina). Cambiando la perspectiva de reflexión, este devenir ínsito en la misma tendencia del partido gobernante puede ser también comprendido como un factor natural o normal debido a la concepción de la política que se tenía en esos años. Por un lado, los discursos que por no encontrar mejor nomenclatura podría denominar progresistas (aunque pocos lo fueran), solían confundir la politización con la militancia comprometida, y al poco tiempo con el militarismo: la violencia como forma normal de comunicación. Por otro lado, los discursos del sentido común generados por la derecha y encarnados en los medios de comunicación, en las voces de los especialistas, de los consultores, etc., relacionaban la política con la economía. Así, por poner un ejemplo, el Rodrigazo, que fue un intento acelerado por imponer una política neoliberal, puede ser pensado como medida pedagógica tanto en lo económico como en lo político. De hecho, la centralidad de la inflación como cuestión política fundamental venía de por lo menos fines de los 60, y como bien sabemos sobrevivió todos los intentos que el establishment practicó durante los 70 y 80. Paulatinamente se fue asentado la creencia de que el mercado tendría que funcionar como regulador transparente y automático de las relaciones sociales: había que cambiar las pautas de comportamiento de los actores, entre ellos, principalmente el rol del Estado. Perón, que intentó reflotar su proyecto de conciliación de clases, no estaba a la altura de la transformación que venía arrasando al país. Los militares lo plantearon con claridad: era la “excesiva” centralidad que tenía el Estado

intervencionista —cuyo rostro más visible era el populismo— lo que había que desmontar. De aquí que su proyecto de una democracia fuerte, es decir, gobernada por la tutoría militar, o en manos del partido conservador que planeaban dejar como herencia, supusiera una reformulación de los fundamentos mismo del orden de la sociedad argentina.

Si bien en la masacre de Ezeiza, el mesiánico día del regreso de Perón, la lucha intestina se puso en evidencia y despuntaron allí todas las miserias y brutalidades que se conocerían en los años sucesivos, pocos quisieron escuchar lo que allí se vociferaba. Cada uno de los actores se quiso crear el vocero y descendiente legítimo del líder. Mientras Perón vivió, las diferencias que enfrentaban a sus huestes fueron más o menos dominadas, aunque Montoneros, cuando fueron expulsados del gobierno, había vuelto a sus prácticas reivindicativas, el ERP —que nunca las había abandonado totalmente— a sus acciones terroristas, y el sindicalismo burocrático —como se lo llamaba— a ralear y reprimir a las agrupaciones de base. Sin embargo, todas estas acciones, que con posterioridad los militares se empeñaron en calificar una y otra vez de subversivas, fueron apenas el calentamiento de la válvula que sería el verdadero motor de la dictadura: el terror.

Fue la experiencia del terror la que permitió un régimen represivo como el que inauguró la dictadura. La dictadura del 76 se diferencia del resto de dictaduras porque subvirtió de tal modo los poderes del Estado como nunca antes se había conocido en el país. Y lo pudo hacer porque se presentó como el último intento para tratar de resolver los males “endémicos” de un tipo de sociedad que venía deglutiéndose a sí misma: de aquí que, como nunca antes, se autopercebieron como corporación independiente del resto de la sociedad, y por encima de ella. El terror se había convertido en el paredón contra el que chocó el proyecto democrático de los 70. Fue la experiencia del terror la que literalmente había anonadado a la inmensa mayoría de la sociedad. El terror generalizado había aparecido por cierto antes del golpe, en parte —como sostienen los militares y sus ideólogos— de las acciones de los grupos guerrilleros. Pero el terror como fenómeno de masas se inauguró creo yo con la aparición

de la Triple A, en agosto o septiembre de 1974. No sólo porque esta agrupación fascistoide actuaba amparada y alentada por el propio gobierno, desde el Ministerio de Bienestar Social, sino porque ella fue el semillero de donde surgirían los grupos parapoliciales que actuarían durante la dictadura. Estos “grupos de tareas” fueron la encarnación, junto con los Centros Clandestinos de Detención y Desaparición de Personas, de la clandestinización de la acción del Estado que practicaron los militares, y a la que nos referiremos en un momento.

El terror político es una experiencia propia de la Época Moderna. Se diferencia del miedo porque su fuente no es ubicable o clasificable, pero sobre todo porque actúa de tal modo que anonada a las personas, o para decirlo en otras palabras, hace que las vidas de las personas se vuelvan algo superfluo. El poder de dar muerte que se autoasignó la Triple A primero y el Estado Militar luego se alimentó de esta creencia. El uso de la violencia como forma de comunicación política, y la venganza y el asesinato como materialización de la justicia, tenían, por supuesto, una tradición muchísimo más larga. Para acotarnos a la década del 60, los asesinatos de los grupos terroristas se ampararon en esta tradición, que se condensó en la por aquella época famosa fórmula de que “la violencia de arriba genera la violencia de abajo”, o en la que afirmaba que “Cinco por uno no va a quedar ninguno”. La innovación que trajo la Triple A radica en que la acción terrorista provenía del intestino mismo del Estado. De aquí la impunidad con la que actuaron. Esta impunidad es la que le permitió afirmar, por ejemplo, al almirante Guzzetti, en el año 1976, mientras revestía de canciller: “Mi concepto de subversión se refiere a las organizaciones de signo izquierdista. La subversión o el terrorismo de derecha no es tal. El cuerpo social del país está contaminado por una enfermedad que corroe sus entrañas y forma anticuerpos. Estos anticuerpos no deben ser considerados de la misma forma que se considera un microbio”.

La absoluta libertad de acción de la Junta y la violación de toda norma jurídica conocida fue denunciada, en un principio, tan sólo por un grupo reducido de personas que se nucleaban en las pequeñas asociaciones de

derechos humanos existentes en el país. Eran una minoría insignificante. El resto de la población, desde los líderes políticos hasta el sindicalismo, pasando por todas las agrupaciones empresariales, del agro o de la industria, los medios de comunicación de masas, la Iglesia, y hasta las cúpulas de la guerrilla, no pudo imaginar lo que significaba el período que se iniciaba. De un modo u otro, todos se aliviaron con el golpe. De hecho, las Fuerzas Armadas no tuvieron que provocar ningún acto violento para derrocar al gobierno constitucional; tan sólo debieron esperar que el gobierno, como una fruta podrida, cayera por su propia incompetencia. “Un buen punto de partida” titulaba Clarín el 26 de marzo. Un régimen que se había iniciado bajo la euforia de cánticos como “Se van/ se van/ y nunca volverán”, con más de la mitad de la población —según encuestas de la época— aprobando o justificando la acción violenta, con movilizaciones políticas de millares de individuos, languidecía en un descrédito general tal que nadie se atrevió a salir en su defensa. El clima que se vivía generó una especie de tara o incapacidad para crear un juicio y poder discriminar o imaginar el futuro inmediato, cuyas señas de identidad ya se habían dibujado antes de que el golpe se hubiera puesto en marcha. Todas los trabajos históricos coinciden en que el huevo de la serpiente que lo anunciaba se ubica por lo menos en el discurso que dio Videla la noche de navidad, donde planteó que se abría un tiempo de espera de tres meses para que todos los partidos políticos y no sólo el gobernante pudieran revertir la situación de descontrol económico, de impopularidad y falta de legitimidad de la presidente, de violencia generalizada, que se vivía. La estructura de comportamiento fundada en la dicotomía caos/ orden, de donde se desprenden calificativos como bueno/ malo, ciudadano/ subversivo, etc., que se convertiría en el *modus vivendi* y en la manera de pensar habitual, no fue un invento del gobierno de facto, aunque durante su gestión se haya extremado su capacidad simplificadora. La lógica amigo/ enemigo proviene del corazón mismo del régimen democrático instaurado en los 70. Fue esta lógica, en cierta manera, la que hizo pasar como desapercibido los métodos represivos que el Ejército probó acotadamente en la lucha contra la guerrilla en el monte tucumano, donde aparecieron

los primeros Centros de detención-desaparición ilegales. Con el paso del tiempo, los militares se ampararon en el decreto de la presidente constitucional, que les ordenaba “aniquilar” el accionar de las bandas terroristas, para legalizar de algún modo su política de clandestinización. Lo cierto es que el conjunto de la sociedad no se alarmó por la incruenta lucha en el norte del país. Como tampoco se alarmó por la decena de desaparecidos que dejó el frustrado y hoy sabido suicida copamiento que intentó el ERP del cuartel de Monte Chingolo. Pero tampoco se alarmó, o no escuchó, ningún de los avisos que hicieron los militares desde por lo menos la segunda mitad de 1975, cuando Videla fue nombrado comandante en jefe del Ejército. Videla, por ejemplo, en un discurso que dio en Montevideo, afirmaba que “Estaremos dispuestos a sacrificar las vidas que sean necesarias con tal de pacificar al país”.

Ni los intelectuales ni los políticos ni tampoco las cúpulas guerrilleras —que eran aquellos que tenían más de un motivo para desconfiar y temer del golpe— comprendieron lo que implicaría aceptar activa o pasivamente el golpe de Estado que se estaba gestando. La frase que se suele recordar para constatar esta aceptación general proviene del discurso que dio Ricardo Balbín —el político del momento con mayor representatividad— por cadena nacional apenas una semana antes del 24 de marzo: “Hay soluciones. Pero yo no las tengo”, decía, entre otros enunciados que no dejaban de mostrar la impotencia de todo el espectro político para solucionar la crisis de legitimidad del régimen republicano y democrático. Pero los políticos no eran los únicos desconcertados. Los sindicalistas —luego de haber hecho una política de desgaste desde el inicio del gobierno peronista, pero especialmente durante el último año— no le iban a la zaga. Casi la totalidad de los medios de información festejaron el golpe de Estado, y de hecho siguieron siendo cómplices de la dictadura en todo momento, aún en la catastrófica experiencia del Atlántico Sur. Había, sin duda, pautas férreas de censura impuestas por los militares, pero ningún medio —salvo contadas excepciones como *The Buenos Aires Herald*— las necesitaba, pues la autocensura era acaso tan implacable como la otra. Como se sabe, la desinformación, la banalización de las

noticias y el aislamiento, la soledad y la atomización social que esto acarrea, son casi tan constitutivas del terror como la coerción violenta y el asesinato arbitrario. Al miedo que causa el espectáculo de una violencia generalizada y aparentemente fuera de control se suma la imposibilidad de comentarlo con otros y tratar de darle un sentido sensato. Cuando se habla de la clausura autoritaria del espacio público se refiere en cierto modo a este tipo el terror que consumó la dictadura.

La metodología de desaparición de personas es coherente con este tipo de terror político. Si casi desde la aparición misma de los organismos de Derechos Humanos se luchó por impedir el olvido, por crear alguna forma de memoria, por emparentar la memoria con la verdad y la justicia, fue porque la metodología represiva que montó el Estado terrorista apuntalaba una política de olvido. Había que hacer desaparecer todo rastro que diera constancia de la vida que se había suprimido. No se trata, aquí, de recurrir a algún lugar común y sostener la mala memoria de los argentinos, o a que hay que recordar para no repetir, ese tipo de afirmaciones pedagógicas que en verdad sirven más para exculparse que para reflexionar. Desde hace un tiempo la bibliografía sobre el período insiste en el conocimiento que debió de tener la sociedad de lo que estaba viviendo —de lo que ella había gestado— y del gran esfuerzo psíquico o conciente desplegado en reprimir ese saber. No se trata tampoco aquí de culpabilizarla. Como tampoco se trata de culpabilizar a la Iglesia, que sobrados documentos —y salvo escasas excepciones— demuestran cómplice, o al silencio consciente de los medios de información, a los partidos políticos impotentes, al sindicalismo, a las agrupaciones empresarias, a los intelectuales sin imaginación, a las cúpulas guerrilleras suicidas o cínicas, a los militantes políticos o guerrilleros: ese tipo de descargo donde todos somos culpables, o como se solía decir en la década del 80: porque “todos llevamos dentro un enano fascista”, obtura también la reflexión sobre el período, que debería atravesar esta maraña de actores que fueron, por una u otra razón, espectadores complacientes del régimen militar, atravesar también esa otra maraña de culpabilizaciones y disculpas que significó la

teoría de los dos demonios y llegar, por fin, a una pregunta que si bien también se viene formulando desde hace un tiempo, hoy asume un rostro más despejado: ¿Cómo fue posible que algo así ocurriera?

Cuando este tipo de preguntas aparece en los relatos de historia vienen acompañadas por los muy variados esfuerzos que se practican para poder responderlas. Pero cuando logramos poner como entre paréntesis nuestra inclinación natural a encontrar respuestas o a inventarlas, la densidad de estas preguntas vuelve a desplegarse. Habría que evitar la tentación tan fuerte de dar una o varias respuestas. En la imposibilidad de ser respondidas reside la exigencia de encarar reflexiones que nos permitan comprender períodos históricos que la tradición bienpensante preferiría clausurar en uno u otro sentido.

Mayo de 2006

Breve índice bibliográfico

Altamirano, Carlos: "Montoneros", en *Punto de Vista* Nº 55, Buenos Aires, Agosto 1996.

Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín: *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina, Tres volúmenes (I: 1966-1973; II: 1973-1976; III: 1976-1978)*, Buenos Aires, Norma, 1997-1998.

Anzorena, Oscar: *Tiempo de violencia y utopía (1966-1976)*, Buenos Aires, Contrapunto, 1988.

Cavarozzi, Marcelo: *Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

Colombo, Ariel y Palermo, Vicente: *Participación política y pluralismo en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, CEAL, 1985.

De Riz, Liliana: *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

- Di Tella, Guido:** *Perón-Perón, 1973-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.
- Feinmann, José Pablo:** *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*, Buenos Aires, Ariel, 1998.
- Gasparini, Juan:** *Montoneros. Final de cuentas*, La Plata, De la Campana, 1999.
- Gillespie, Richard:** *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.
- Giussani, Pablo:** *Montoneros, la soberbia armada*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984.
- Halperín Donghi, Tulio:** *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994.
- Hilb, Claudia y Lutzky Daniel:** *La nueva izquierda argentina 1960-1980*, Buenos Aires, CEAL, 1984.
- James, Daniel (comp.):** *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2005.
- Lanusse, Lucas:** *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Buenos Aires, Vergara, 2005.
- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente:** *Historia Argentina. La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de estado a la restauración democrática*, Piados, Buenos Aires, 2003.
- Neiburg, Federico:** *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Alianza, 1988.
- Ollier, María Matilde:** *El fenómeno insurreccional y la cultura política*, Buenos Aires, CEAL, 1986.
- Quiroga, Hugo:** *Autoritarismo y reforma del Estado*, Buenos Aires, CEAL 1989.
- Quiroga Hugo:** *El tiempo del "Proceso"*, Homo Sapiens, Rosario, 2004.
- Rot, Gabriel:** *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000.
- Rouquié, Alain:** *Poder militar y sociedad política en la Argentina (2 volúmenes)*, Buenos Aires, Emecé, 1982.
- Santucho, Julio:** *Los últimos guevaristas. Surgimiento y eclipse del Ejército Revolucionario del Pueblo*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.
- Sarlo, Beatriz:** *La pasión y la excepción*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.
- Seoane, María:** *Todo o nada*, Buenos Aires, Planeta, 1991.
- Sigal, Silvia y Verón, Eliseo:** *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1988.
- Suriano, Juan (comp.):** *Nueva Historia Argentina. Dictadura y democracia*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2005.
- Terán, Oscar:** *Nuestros años sesenta*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1993.
- Torre, Juan Carlos:** *Los sindicatos en el gobierno 1973-1976*, Buenos Aires, CEAL, 1983.
- Vitagliano, Miguel y Gilbert, A.,** *La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78*, Norma, 1998 (168)
- Yannuzzi, Angeles:** *Política y dictadura*, Editorial Fundación Ross, Rosario, 1996.